

LOS CONTROLES DE CAMBIOS

Por GERMAN BERNACER

ES frecuente en las guerras que al triunfo de las armas no acompaña el de las ideas, es decir, triunfan unos y prevalece la ideología de los derrotados. Y eso aun suponiendo que esas ideas que prevalecen no representan la razón.

Algo de esto vimos ya en la primera guerra mundial, que alteró bastante la vida del mundo. Si observamos el sentido general en que se desarrolló el cambio, hemos de admitir que más se orientó en aquel que parecía representar lo que Alemania hubiese querido implantar de haber salido triunfadora, y que no sabemos si hubiese implantado, que en aquel por el cual luchaban Francia y los países anglosajones, claro que unidas a Rusia, que en ambos casos simbolizaba una tendencia más antagónica que la de la misma Alemania a los ideales de libertad democrática.

Pues ahora, en esta posguerra si esto es ya postguerra, algo parecido está ocurriendo. Prescindiendo de los aspectos puramente políticos—de los cuales no sería difícil desglosar hechos que revelan la misma tendencia—y limitándose a lo exclusivamente económico, vemos implantadas las intervenciones en los cambios, los acuerdos mercantiles y monetarios bilaterales, las discriminaciones comerciales, los controles del crédito, las tasas de precios, los racionamientos y todo el arsenal de ortopedia económica puesto en práctica por el hitlerismo, contra el cual se ejerció la más violenta crítica y cuya destrucción era para las naciones occidentales uno de los objetivos aparentes de la guerra.

Si algo demuestra esto, es que estas cosas no responden en realidad a ideologías políticas; antes bien obedecen a necesidades prácticas dominantes sobre aquéllas, que luego el inveterado instinto razonador de los filósofos y teorizantes políticos intenta reducir a sistema sin guiarse evidentemente según la razón pura kantiana. Alemania obró como obró acosada por problemas que creyó poder resolver así, mas que por impulso de una mentalidad especial, por desilusión de los sistemas antes ensayados ineffectivamente; no encontrando mejor camino, tuvo que dejarse arrastrar por arbitrios irracionales, algo muy parecido a lo que le está ocurriendo a las naciones triunfantes, a trueque de imitar a quienes fueron sus rivales antes de ser sus adversarios. Y es que, vencedores, se ven ante los mis-

mos problemas que se viera Alemania vencida, y no encuentran tampoco mejores recursos para abordarlos.

Así, el control de los cambios, en que los alemanes llegaron al virtuosismo, es hoy también uno de los ejes sobre que giran las políticas monetarias exteriores de todos los países, pese a Bretton Woods y a todos los esfuerzos hechos en contrario por Norteamérica, el único país que no tiene problemas de este tipo, salvo el problema comercial que le crean sus clientes con tales impedimentos, al libre tráfico.

Y lo peor es que difícilmente se remediará esto, porque los sistemas restrictivos tienen sobre todo el riesgo casi fatal de que, como no curan el mal, antes bien por su prolongación lo agravan, cada vez se requieren medidas más restrictivas y rigurosas para evitar la acción fraudulenta que bajo el estímulo de la necesidad o del lucro, se ingenia cada día con más agudeza para eludir los controles, de modo que lo que empezó por una restringida y al parecer saludable intervención, pronto se convierte en una red inextricable de disposiciones que exige las medidas más drásticas, con el resultado de ir cegando u obstruyendo las canales del comercio.

Suelen empezar las intervenciones de los cambios con el pretexto de que se especula con la moneda y hay con fabulaciones para su descrédito y devaluación. Se instituyen con el exclusivo fin de impedir esos agios, proponiéndose respetar las operaciones corrientes y legítimas del comercio usual y no interferir el juego de los cambios normales determinado por tales operaciones. Mucho habría que objetar a eso de las maniobras especulativas. ¿Son las especulaciones las que crean las variaciones de los cambios, o las variaciones de los cambios por otros motivos lo que de pábelo

a las especulaciones? Pero sea de esto lo que quiera, que dilucidarlo sería meternos en la eterna cuestión de si fué antes el huevo o la gallina, lo cierto es que, con razón o sin ella, las intervenciones vinieron con el exclusivo objeto de oponerse a las especulaciones monetarias, y aun en el supuesto de que vinieron a luchar con molinos de viento tomados por gigantes malandrines, no hubieran causado mayor daño si se hubiesen limitado a procurar cambios equitativos y no inducidas con frecuencia por amor del concepto de prestigio nacional o de rivalidades con otras monedas, a mantener cambios manifiestamente irreales, que no pueden ser sostenidos sin poner serios impedimentos al comercio, a consecuencia de la carestía de divisas que engendran fatalmente y que, ofreciendo un fuerte estímulo a la infracción del control, dan lugar a todos los excesos de los mercados negros y otros sucios negocios.

Contra estos males evidentes reaccionan ya muchos pueblos, a pesar de la tendencia intervencionista que crea el predominio de las ideas socialistas. El primero en este orden fué Portugal, que volvió a la libertad de cambios poco después de terminada la guerra. Muy recientes son los casos de Francia y de Italia devaluando deliberadamente sus monedas, es decir fijando a sus divisas, por propia voluntad, un cambio muy inferior al que venían manteniendo, como nadie de favorecer la exportación y obtener así divisas con que financiar sus importaciones más necesarias, y estableciendo mercados libres legales para el oro y las monedas extranjeras: esto es un primer paso que tendrá que ser seguido de otros muchos para volver a la ortodoxia liberal de antes de la guerra, y es un síntoma de que va penetrando el convencimiento de que la política monetaria intervencionista constituye un obstáculo a la reconstitución interna y a la prosperidad de los países.

¿Se persistirá en este camino o se volverá a restablecer en toda su integridad la ortodoxia monetaria? Es difícil pronosticar en cosas que están sometidas al vaivén de la opinión de los partidos políticos, pero si los pueblos no están ciegos, tendrán que procurar librarse de las trabas actuales para volver a respirar el aire vivificador del comercio internacional.